

Otro texto de contenido todavía en gran parte enigmático, es el escrito de un príncipe babilónico a la corte asiria, con el cual es evidente que solicitaba auxilio, fundándose para ello en los servicios prestados por su padre al precedente rey asirio (1). Al mismo texto debemos los nombres de dos antiguos reyes asirios, que reinaron sucesivamente y de los cuales no tenemos noticia alguna: Assur-suma-ustésir y Nindartukulti-Assur, como también el del rey babilónico coseo, su coetáneo, Charbi-sichu. Por desgracia, este interesante documento, en parte ininteligible y en parte con lagunas, no ha podido todavía ser traducido por completo y de una manera satisfactoria. Mas mutilado está todavía el pequeño fragmento, que contiene una carta de «Kammán-sumanásir, el gran rey, el poderoso rey, el rey de Kardunias (esto es, de Babilonia),» á dos reyes asirios, evidentemente sus coetáneos (2); pero como, según toda probabilidad, corresponden estos á época posterior á Teglafalasar I, nos reservamos tratar con mayor detención del citado texto cuando examinemos las fuentes asirias en el segundo libro. En igual caso se encuentra la lámina, por desgracia también incompleta, reproducida en el fólío 38 del tomo tercero de la publicación inglesa de inscripciones y señalada con el n.º 2, que F. Delitzsch atribuyó á los últimos años del antiguo imperio babilónico, antes de la conquista elamita (como 2290 años antes de J.C.) (3); el Bel-suma-násir (ó Bel-nádin-achi) de que en aquella se hace mención como «rey anterior,» pertenece á una época mucho más moderna, y por lo mismo no hemos de tratar tampoco aquí de ese otro texto de suma importancia histórica (4).

### 3. Inscripciones particulares (láminas de contrato y cilindros-sellos)

Si bien tales inscripciones solo ofrecen interés histórico por lo que se refiere al grado de cultura y á la religión, no dejan de tener valiosa significación para la historia de la antigua Babilonia, y muy especialmente — á causa de sus apostillas — las láminas de contratos (5), de las cuales poseemos considerable número de la época de Chammuragas y de los monarcas que le precedieron (6). Estas apostillas, publicadas ya por Jorge Smith en el tomo IV de la obra inglesa de inscripciones (lámina 36) y aprovechadas también por él en su «Esbozo de historia de la antigua Babilonia,» designan de una manera bastante general el año en que fué celebrado el respectivo contrato; por ejemplo: «En el año 28 después de la toma de Nisin,» ó «en el año en que Chammuragas, el rey, venció con ayuda de Anus y Bel al soberano de Jamutbal (ó sea Kudurmabug) y al rey Rim-Aku,» y otras indicaciones por el estilo. Son, por lo mismo, de sumo valor para la historia del final del tercer milenario precristiano y principios del segundo (aproximadamente 2000 años antes de J.C.), como demostraremos con mayor claridad al tratar de cada época

(1) Publicado en 4. Rawl., 34, 2. Véanse, entre otros, estos pasajes: «Al siervo de Assur-suma-ustésir, que con su Señor los arrojó y que vino á esta tierra, á quien mi padre devolvió sus derechos y le reintegró en su patria;» y mas adelante: «Cuando Nindar-tukulti-Assur no gobernaba todavía, cuando Assur-suma-ustésir, el Señor de las naciones... desde que mi padre le devolvió á su país, etc.»

(2) 3. Rawl., 4, n.º 5; véase también E. Meyer: «Historia de la Antigüedad,» tomo I, § 275, nota.

(3) «El idioma de los coseos,» Leipzig, 1884, pág. 67.

(4) Por el pronto véanse mis observaciones en la «Gaceta de Literatura alemana,» año 1884, pág. 504.

(5) Como ya al hacer mención de los cilindros reales tratamos de ellos en general, sería ocioso repetir aquí cuanto entonces dijimos.

(6) J. R. Strassmaier ha publicado recientemente: «Los contratos babilónicos antiguos de Warka» en las Actas del quinto Congreso de Orientalistas en Berlin, 1881 (Berlin, 1882).

respectiva, y hemos de agradecer á Jorge Smith que, con perspicaz sentido, supiera apreciar su significación cuando eran todavía de más fácil lectura que hoy las láminas, muy deterioradas ya y cada día más perjudicadas por la acción del aire atmosférico (7).

### 4. Literatura poética (conjuros, himnos, composiciones épicas)

Es propio del carácter de semejantes producciones literarias que por copiosos que sean los datos que suministran á la historia del progreso de la cultura y de la religión de la antigua Babilonia, solo pueden figurar en último término entre las verdaderas fuentes históricas. Ora son meras reminiscencias de grandes épocas prehistóricas, que se nos ofrecen en forma bastante borrosa pero aun conocible, como, por ejemplo, en los conjuros suméricos la exclusiva suposición del santuario de Eridu como el más antiguo lugar de culto en la Babilonia meridional; ora tienen, como algunos himnos (por ejemplo, 4. Rawl., lám. 20, n.º 1) y la epopeya de Nemrod, cierto fondo histórico, que ya encontramos atestigüado en monumentos que tienen todo ese carácter, pero que merced á aquellas composiciones poéticas se nos esclarece por manera muy interesante, sobre todo en lo que se refiere al grado de cultura. Entre ellas citaremos aquí el enlace histórico de la llamada leyenda de Dubar, ó más correctamente epopeya de Nemrod: Erech, gobernada antes por dioses, cae en manos del conquistador elamita Chumba-Ba, y es libertada luego por Nemrod. Y con efecto, sabemos que por los años 2280 antes de J.C. otro rey elamita, Kudurnanchundi, predecesor ó sucesor del mismo Chumba-Ba, se había llevado de Erech una estatua de Istar, la cual fué devuelta allí, 1635 años después, por el rey asirio Assurbanipal. Es de notar también que en la mencionada epopeya se designa alguna vez á Nemrod como hijo de la diosa *Ninsun* (8), evidenciándose en otro pasaje el paralelismo entre la ciudad de Gangana y Erech (9), mientras que en las inscripciones originales de *Sin-gáshit*, este rey de Erech, acaso coetáneo de los antiguos soberanos de Larsa, se titula igualmente «hijo de la diosa *Ninsun*» y «rey de Uruk (ó sea Erech), rey de *Gananum*.» Análoga alusión á puntos históricos encontramos en las leyendas del dios *Lubarra*, que dicen en la cuarta columna de una lámina (10): «La tierra del Mar contra la tierra del Mar, Sumaschtu contra Sumaschtu, Assur contra Assur, el elamita contra el elamita, el caso contra el caso, el suteo contra el suteo, el de la tierra de Ku contra el de la tierra de Ku (ó el kuteo contra el kuteo), el de Lullubu contra el de Lullubu (todos ellos pueblos vecinos), pueblo contra pueblo, casa contra casa, hombre contra hombre, hermano contra hermano... todos se alzarán unos contra otros y subyugarán unos á otros, hasta que por último venga el acadio y los humille á todos ellos á sus pies.» Así nos proporcionan los cantos babilónicos copiosa y variada materia para completar y animar con colorido de lugar y época los bocetos, á menudo asaz descarnados, de los más antiguos tiempos históricos, que nos permiten trazar las listas crono-

(7) Véase Strassmaier en la obra ya indicada, pág. 317. Ya hemos hablado de la característica forma de las láminas y de las circunstancias de su descubrimiento.

(8) Smith: «Génesis caldea» (edición alemana), pág. 240, 2.ª columna del 12.º canto.

(9) «Génesis caldea,» pág. 158; Epopeya de Nemrod, editada por Haupt, pág. 51, línea 6.

(10) «Génesis caldea,» pág. 115; F. Delitzsch: «¿Dónde estaba el Paraíso?» pág. 234 (en este último pasaje, transcripción del texto original de las correspondientes líneas).

lógicas y las breves inscripciones reales, como ya tendremos ocasión de demostrar más ampliamente, cuando llegue el caso, en el curso de nuestra exposición histórica.

## II. EL ANTIGUO TESTAMENTO

Como acabamos de indicar pocas páginas más arriba, solo son aprovechables para la época babilónica antigua dos trozos de las más antiguas tradiciones hebreas (contenidos en el llamado Hexateúco, esto es, los cinco libros de Moisés y el de Josué), á saber, las narraciones de los tiempos primitivos, contenidas en los capítulos 1-11 del Génesis y el 14 del mismo primer libro. Estas historias primitivas tienen aquí su aplicación porque están basadas en la forzosa suposición histórica de que los hebreos y sus afines moraron en un tiempo cerca de las orillas del Eufrates, lo que queda evidenciado así por los singulares puntos de contacto con los orígenes babilónicos como por las circunstancias de localidad. El capítulo 14 del Génesis resulta ser, sin embargo, el más antiguo documento histórico del Antiguo Testamento, aun cuando se quiera atribuir á la época del cautiverio su última revisión, merced á su exacta coincidencia con la situación existente poco antes de la época de Chammuragas (como 2000 años antes de J.C.).

Por lo que toca á las narraciones de los tiempos primitivos, es de toda importancia para nuestro objeto su división en dos fuentes de épocas muy distantes una de otra, como se desprende de su última redacción, á saber: la más antigua, ó sea la del llamado Jehovista, y la más moderna, el Código sacerdotal (antes llamado también erróneamente la Escritura fundamental, designándola con la letra A, así como la C significa el Jehovista). Por otra parte, después de las sagaces investigaciones de Budde queda demostrado con toda evidencia, á lo menos para mí, que también en C, ó como se suele decir ahora, en J (Jehovista), se encuentran dos trozos (J<sup>1</sup> y J<sup>2</sup>) de épocas muy distantes una de otra, por manera que hemos de admitir tres distintas series de fuentes en Génesis, 1-11 (1). De estas, la más antigua, J<sup>1</sup>, cuyo contenido conocía ya el pueblo mucho tiempo antes de ser consignado en escritura por primera vez, habiéndolo perpetuado la tradición oral, se destaca todavía por fortuna con bastante claridad de la forma actual de los primeros 11 capítulos. Comienza en el cap. 2, v. 4<sup>b</sup>, con la creación del hombre y su introducción en el paraíso, la subsiguiente formación de la mujer y la relación de la caída en el pecado, que tuvo por consecuencia la expulsión del paraíso. De los árboles que le poblaban no conoce, sin embargo, sino el de la ciencia, no el de la vida, derivado de los conceptos babilónicos é introducido después por J<sup>2</sup>. También la localización babilónica (2) del «huerto lejos al Oriente,» Gén., 2, 10-14, procede de J<sup>2</sup>, como igualmente parece añadida por éste la designación del paraíso como situado en «Eden» (babil. *idin*, «campo,» «llanura,» «desierto,» del que Dios hizo un huerto. Seguía luego en J<sup>1</sup> la serie de los patriarcas, desde Caín hasta Lamech, que tiene por introducción el episodio de Caín y Abel, capí-

(1) Otra cuarta, designada antes con la letra B, el llamado primer Elohista, ó tan solo el Elohista (E) — véase Stade: «Historia de Israel,» — no es aplicable á los capítulos de que se trata.

(2) Que en este pasaje se supone situado el paraíso en tierra de Babilonia lo demuestran abundantemente los nombres de ríos y tierras, sobre todo Gihon con Kasch, esto es, la Babilonia central, Hiddekel, ó sea el Tigris, y Phrat, ó sea el Eufrates, como asimismo la tierra de Havila, rodeada por el Pison, ó sea la Arabia limítrofe de la Babilonia; véase Delitzsch: «¿Dónde estaba el Paraíso?» y mi libro: «Pueblos é idiomas semíticos,» tomo I, pág. 350, nota y pág. 429.

tulo 4, 1-24 (3), viniendo después (cap. 6, 1, 2 y 4) la promiscuidad carnal de los hijos de Dios con las hijas de los hombres y la formación de los gigantes que de ella resultó, y haciendo caso omiso del relato del Diluvio, que evidentemente no era conocido de J<sup>1</sup> (ó que acaso solo describiría con estas palabras: «Y vino una grande inundación que aniquiló á aquellos gigantes y á todos los impíos, con excepción del justo Noé»), pasa inmediatamente á referir la construcción de la torre de Babel (cap. 11, 1-9); la emigración de Noé con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet á la Mesopotamia siria (4) y el episodio del cultivo de la vid y la embriaguez de Noé (Génesis, 9, 20-27), que solo puede suponerse como acaecido en la Siria. A continuación de todo lo ya citado, contenía también J<sup>1</sup> una genealogía semítica, de siete ramas, desde Noé hasta Terach (sin Nahor), noticias de la familia del segundo y la misión y salida de Abraham de Haran para ir á tierra de Canaan (véase la ya citada obra de Budde, página 531).

Desde luego se desprende con bastante claridad de estas antiquísimas tradiciones de los hebreos, que sus antepasados debieron de emigrar en otro tiempo de la Mesopotamia, habiendo estado antes de tal emigración relacionados en algún modo con Babilonia. Solo así se comprende la historia de la construcción de la torre de Babel y el tener conocimiento del nombre de Sennaar (Singhar), aplicado á la Babilonia bajo el dominio de los reyes de Larsa ó Singir (hoy Senkereh) y á la que ya se designaba con el nombre de Sumir en tiempo de Chammuragas.

A este más antiguo material de tradición siguió en época posterior otra serie de relatos históricos de los tiempos primitivos (J<sup>2</sup>), que no solo demuestran mucho más exacto conocimiento del terreno babilónico, especialmente del centro y parte septentrional (véase Gén., 2, 10-14 y 10, 10), sino que tienen también tanta afinidad con los mitos y las leyendas de los babilonios del Norte (el árbol de la vida, el diluvio, Nemrod) que parece inadmisibles de todo punto que hayan podido formarse independientemente. En la primera época de los reyes, J<sup>1</sup> y J<sup>2</sup> fueron refundidos en J, y solo bastante tiempo después fué revisado otra vez todo este material por otro escritor, el autor del llamado Código sacerdotal (Levítico); y encontramos ahora estos escritos, así refundidos y revisados, en Gén., 1, 2, 1-4<sup>a</sup>; 4, 25-26; 5, 6, 9-22; 7 y 8 en parte; 9, 1-17 y 28-29; 10, 1-7, 20, 22 y 23; 11, 10-32, habiendo sido aprovechados por Esdras, á mediados del quinto siglo, como escritura fundamental para concordarlos con J. Así se formaron los once primeros capítulos del Pentateúco, tales como existen hoy, y precisamente la más moderna de las citadas fuentes, el Código sacerdotal, tiene para nosotros suma importancia, porque viene á completar en muchos puntos su original primitivo, J<sup>2</sup>, como por ejemplo, en el relato de la Creación, que no consta hoy en éste (5).

De todo ello, lo verdaderamente significativo para la historia son las relaciones entre los babilonios y los hebreos, que gradualmente se desprenden de estos relatos, no debiendo perderse de vista, como circunstancia muy importante, que en lo esencial nada se añadió, según toda probabilidad, á las narraciones de los tiempos primitivos del Pentateúco

(3) Budde excluye el episodio de Caín y Abel (cap. 4, 2-16.<sup>a</sup>, como interpolación posterior); creo, sin embargo, poder demostrar como más probable que así él como Wellhausen están equivocados en este punto.

(4) Esta emigración de Noé desde Sennaar, en vez de la que vino á sustituirla después, de Abraham desde Ur-Kasdim á Haran, la coloca Budde, muy justificadamente, en este lugar, entre 11, 1-9 y 9, 9-27, y en su libro se pueden ver las razones que alega para ello.

(5) Budde: «La historia bíblica de los tiempos primitivos,» pág. 464 y siguientes.

durante el cautiverio babilónico, y que mas bien pueden considerarse en todo su contenido como anteriores á él. Aun el mismo código sacerdotal, en el cual cabe mejor la posibilidad de semejante influencia de aquella época, tenía por base en sus puntos principales, como ha demostrado Budde, á J<sup>2</sup>, y únicamente ciertos detalles, como el número diez de los primitivos patriarcas, en vez de los antiguos siete, y algun otro, pueden proceder en realidad de la época del cautiverio, ó mas bien del siglo subsiguiente. Pero que las tradiciones de los tiempos prehistóricos, introducidas en Israel con J<sup>2</sup> y que tan íntimo contacto ofrecen con los mitos babilónicos, solo penetraran en la Palestina por medio de los asirios, en tiempos del rey judaíta Acaz, como supone Budde, es históricamente imposible y de todo punto inverosímil. Entre la inmigración de los hebreos en tiempo de Abraham y el cautiverio babilónico solo vemos una época en que se pueda explicar semejante asimilación bajo el punto de vista del desenvolvimiento civilizador, y esa es la de la permanencia de los hijos de Israel en Moab, despues de la salida de Egipto y antes de la conquista gradual de la tierra occidental del Jordan, como ya lo hemos indicado al principio.

Volviendo ahora al capítulo 14 del Génesis, considerado como el mas antiguo escrito histórico del Antiguo Testamento, desde luego las glosas (1) y toda su fraseología, á pesar de la frecuente repetición de la palabra *rekúsh*, «bien,» «hacienda» (2), prueban que debió pertenecer á una fuente muy antigua. Ciertamente que los que, como Bernardo Stade y E. Meyer, no conceden que los mas antiguos recuerdos históricos de los israelitas arranquen mas allá de la llamada época de los jueces (canto de Débora, Jueces, 5) y dudán, por lo mismo, de que los israelitas hubiesen estado jamás en Egipto, y niegan por completo la estancia de Israel en la tierra occidental del Jordan antes de haber morado en el Egipto, no pueden, para ser consecuentes, considerar como antiguo el citado capítulo 14, y han de rechazarlo como inútil y apócrifo. Así Meyer, que no puede negar la formación puramente elamita del nombre Codorlahomor (Kudur-lagamar) y el hecho, atestiguado por las inscripciones, de la dominación elamita hasta la Siria en tiempo de Abraham, llega á la inexplicable conclusión de que «el judío (del cautiverio ó posterior á éste) que introdujo en el Pentatéuco el capítulo 14 del Génesis, se proporcionó en Babilonia mas exactas noticias sobre la historia primitiva del país, enlazando á Abraham con el relato de Kudur-lagamar y modificando éste segun los conceptos judíos acerca de los tiempos primitivos» (3). Mas ya veremos al tratar de la cronología babilónica antigua, que la tradición sacerdotal babilónica no comienza verdaderamente sino con Chammuragas, hijo de «Amraphel de Sinear» (de los reyes anteriores no hace mas que enumerar unos quince nombres), sin tomar en cuenta los reyes de los Estados babilónicos del Sur antes del florecimiento de Babilonia, haciendo, por tanto, caso omiso de los de Ellasar (ó sea Larsa), y solo menciona incidentalmente la hegemonía elamita, que dominaba en Babilonia y aun mas allá en tiempo de Abraham, ya que ésta habia sido una grande humillación para el país, sobre todo para la patria del cronista, que era la parte mas septentrional.

(1) Véase v. 4 y 8: «Y el rey de Bela (que es Zoar),» v. 7: «y vinieron á Mispah (que es Cades),» v. 14: «y armó á sus *chanik* (esto es los nacidos en su casa, ó sea esclavos),» y v. 17: «en el valle de *Shaveh* (esto es, el valle del rey).»

(2) Si bien esta palabra es mucho mas frecuente en el Código sacerdotal, aparece tambien en Gén., 15, 14, mientras que en los Libros de las Crónicas y Daniel tiene siempre la significación de «hacienda real.» Solo en el Libro de Esdras se encuentra una vez en su primitiva acepción.

(3) «Historia de la Antigüedad,» tomo I, pág. 166, § 136.

¿Cómo, pues, pudo obtener un judío sobre estos puntos noticias tan auténticas de los sacerdotes babilónicos? Por el contrario, dado este caso, es mucho mas probable que hubiese sabido el relato de la expedición del primitivo Sargon de Agadí ú otras fábulas por el estilo é introduciéndolas en su simulada narración de los hechos guerreros de Abraham, y no se hubiera contentado tampoco seguramente con entresacar noticias arcaicas de la antigua historia babilónica para el capítulo 14 del Génesis. En resumen, lo expuesto demuestra la completa inverosimilitud de la conclusión de E. Meyer (4), y no cabe duda alguna de que el cap. 14 del primer Libro de Moisés es una de las mas valiosas y primitivas fuentes de la historia del antiguo Oriente (5). Si un suceso del vigésimo siglo precristiano ha podido ser transmitido con tal fidelidad por la tradición del Antiguo Testamento, es de considerable importancia para apreciar en conjunto los documentos históricos israelitas que resulte atestiguado por las inscripciones cuneiformes; porque así puede admitirse la exactitud de la tradición, á lo menos en sus rasgos generales, hasta en aquellas de sus partes que por su carácter especial no tienen comprobación por medio de las inscripciones, como, por ejemplo, la estancia de Israel en Egipto, las vicisitudes en Moab despues del Exodo, la conquista de la tierra occidental del Jordan, etc., etc., adquiriendo todo ello nuevo relieve merced á la comprobación obtenida de la exactitud histórica del relato sobre Abraham y Melquisedech.

### III. LAS INSCRIPCIONES EGIPCIAS

Apenas se puede decir que existieron verdaderas relaciones entre Egipto y Babilonia durante el período babilónico antiguo. En tiempo de Tutmosis III (como 1600 antes de J.C.) el rey asirio, á la vez que varios príncipes de la Mesopotamia, enviaron presentes al Faraón egipcio; mas de Babilonia no hacen otra mención las listas egipcias de tributos sino como lugar de procedencia de algunos objetos, como el *lapis-lázuli*, que figuraban entre los enviados por aquellos reyes. Por lo demás, no tengo sino que referirme á lo expuesto acerca de este punto en el primer tomo de mi libro «Pueblos é idiomas semíticos» (6) y reproducir aquí la conclusión indicada en la página 157 del mismo libro. «En resumen, no hubo en aquellos remotos tiempos (pág. 158) contacto alguno que tuviese carácter mas íntimo que un acto de mera cortesía y prevision, como el envío de un tributo (al igual, por ejemplo, del hecho por los egipcios á los asirios en el siglo XII antes de J.C., en tiempo de Teglathalasar I), ni tampoco verdadera colisión entre los dos grandes imperios universales y centros de civilización del antiguo Oriente. Solo en el siglo VIII, cuando ya hacia tiempo que menguaba el poderío de Egipto, pudieron germinar las causas que dieron lugar en el séptimo á la agresión de los asirios, dueños entonces del mundo. Ni aun en la época de su mayor auge se atrevió el Egipto á llevar la guerra á Babilonia ó Asiria.»

De los interesantes puntos prehistóricos de contacto de la primitiva civilización babilónica y egipcia, así en las formas arquitectónicas, como en el sistema de escritura y en la mi-

(4) Puede consultarse hoy tambien, respecto al valor histórico y la antigüedad de Gén., 14, el importante trabajo de G. Rösch: «El encuentro de Abraham con Melquisedech,» en los «Estudios y Críticas sobre Teología,» año 1885, págs. 321-356.

(5) Tiene mucho en su favor la hipótesis de Rösch, de que fué perpetuada merced á la tradición de los sacerdotes hierosolimitanos, que alcanzaba hasta la época preisraelita y probablemente consignada por escrito desde muy antiguo (véase Melquisedech de Salem).

(6) Páginas 155-157; allí queda refutada la errónea identificación de Singara, Uurt y Ar(u)rech de las listas egipcias con Sinear, Ur y Erech.

### IV. LOS AUTORES GRIEGOS Y ROMANOS

Habiendo ya expuesto en una de las primeras páginas todo lo mas importante acerca de tales fuentes, seria ocioso enumerar aquí en particular los clásicos que nos dan noticias de la primitiva época babilónica y emitir nuestro juicio sobre ellas, sobre todo cuando las que tienen algun valor proceden casi todas del sacerdote caldeo Beroso, que escribía en griego; todo lo demás no es sino leyenda desfigurada y baladí, como por ejemplo, las historias de Nino y Semíramis. De la obra de Beroso poseemos por lo que se refiere al período ya indicado, en primer lugar una parte de las historias de los tiempos primitivos, ó mejor dicho de mitos cosmogónicos (derivados de las tradiciones de la Babilonia del Norte), y luego la hasta hace poco considerada como la mas valiosa fuente para la cronología antigua babilónica, la lista de dinastías, de la que trataremos con mayor detención en el capítulo siguiente. Que además de Beroso existieron otros autores griego-babilónicos, de cuyas obras no queda ya desgraciadamente vestigio alguno, acaso porque las «historias babilónicas» de Beroso fueran por cualquier motivo mas populares y extendidas, lo demuestra un pasaje del geógrafo griego Estrabon, que floreció por la época del nacimiento de Cristo (6), en el cual se hace mención especial de los llamados Cidenas, Naburianos y Sudinas como tales escritores. Y que tambien en la literatura romana se encuentran datos aislados que no dejan de tener alguna importancia para el conocimiento de la historia de la primitiva Babilonia, nos lo demuestra, entre otros, el pasaje tan frecuentemente citado de las *Metamorfosis* de Ovidio (7), en el cual se indica al llamado Orchamus (en babil. acaso *Ur-chammu*), de quien ahora nos dan fe las inscripciones cuneiformes, como séptimo sucesor del dios Belo en el señorío de Babilonia, resultando ser, por lo mismo, uno de los mas antiguos reyes babilónicos (¿del Norte?). No es menos significativo otro pasaje del historiador Justino, segun el cual los escitas (asiáticos), ó sean las tribus turcas del Asia central, dominaron en la anterior durante varios siglos, siendo el pueblo mas antiguo de la tierra, anterior aun á los egipcios (8), demostrándose así una vez mas que en datos de tan remota referencia se encuentran á veces algunos de extraordinaria significación para el esclarecimiento de puntos etnográficos de las épocas mas primitivas. ¿Cómo puede desconocerse aquí la directa alusión al período sumérico, presente, de la historia de la antigua Babilonia, entre cuyos representantes figura Gudia de Sirgulla (como 3100 antes de J.C.), que iba á buscar hasta el Líbano sus maderas de construcción, mientras que 1200 años despues Iri-agu de Larsa (Arioch de Ellasar, Gén., 14, 1) llevaba sus armas conquistadoras hasta la Palestina meridional? Podríamos hacer algunas otras citas por el estilo, pero las reservamos para lugar mas oportuno en el curso de nuestra descripción histórica. Sin embargo, siempre que no se tenga otras fuentes para la historia babilónica que los clásicos griegos, será de aplicación bastante general el axioma: que mas vale «no consultar los caldeos» (*chaldeos ne consulto*), frase que desde el furioso ataque de A. von Gutschmid contra Schrader (véase anteriormente) suelen emplear con intención maliciosa algunos historiadores desconfiados, refiriéndose á los textos cuneiformes. Porque esos «caldeos» posteriores (Beroso, etc.) han llegado hasta nosotros mas ó menos desfigurados y no pueden compararse

(1) «Historia de la Antigüedad,» tomo I, pág. 189, § 158.

(2) E. Meyer cree este hecho «en abierta contradicción con la forma en que están dispuestos los signos cuneiformes,» sin considerar que muchos de los signos babilónicos antiguos (pictóricos) solo se pueden comprender admitiendo que en su origen tuvieron esa primitiva disposición vertical; véase lo expuesto ya sobre el particular en la introducción.

(3) Véase el primer tomo de mi obra: «Pueblos é idiomas semíticos,» páginas 217-218; en las páginas 259-260 del mismo, cito las propias palabras de Perrot.

(4) «Historia de la Antigüedad,» tomo I, pág. 167, § 137.

(5) Véase: «Pueblos é idiomas semíticos,» I, págs. 127-137, donde se hallarán reproducidas las consideraciones expuestas por Lepsius.

BABILONIA Y ASIRIA

(6) Estrabon, XVI, pág. 179; véase tambien la obra de Lenormant titulada: «La magia de los caldeos.»

(7) Véase 212-213 del cuarto canto.

(8) II, 3; véase tambien el ya citado libro de Lenormant.